

HOMILÍA

Domingo V de Cuaresma

Ez 37, 12-14

a. Contexto

La visión de Ezequiel (cf. Ez 37, *pass.*), con todos los huesos esparcidos en el campo volviendo a la vida, en restauración mesiánica, sirve de marco a este Domingo 'de Pasión' (como antes se llamaba).

Tras el destierro, el Señor realiza la restauración de su pueblo, expresada en estos versículos (¿añadido posterior?) de forma profunda, hasta llegar a la resurrección de los cuerpos, no de las 'almas' sólo.

Todo lo cual me lleva a recordarte que en otras ocasiones comentaba contigo -con vosotros- el riesgo de leer la Biblia de modo fundamentalista, o de caer en un 'integrismo' bíblico.

Se trata de los errores más frecuentes en quienes no están familiarizados con la Palabra de Dios, utilizando los textos para confirmar sus presupuestos teológicos previos.

A todos nos puede dar ese exceso de celo escriturístico, al reflexionar u orar con la Escritura. Ezequiel invita a leer de forma desapasionada, 'libre', desde la apertura a Dios en la fe, sin prejuicios.

A principios del s.XX se llamó fundamentalismo una postura ante la Biblia, nacida en el protestantismo americano, consistente en llegar -según ellos- a lo fundamental de la Escritura por una *total* interpretación *literal*.

Se rechazan aquí los recursos de la exégesis histórico-crítica o literaria. Quienes no se cultivan en el uso de la Biblia, o recurren a ella como a las píldoras medicinales, pueden caer fácilmente en esto.

Por el contrario, habituarse a leer la Sagrada Escritura desde su contexto, y mirando a la vez la realidad actual, para descubrir en ella a Dios, invita a superar mejor tales posibles riesgos.

Dejaré el tema para otro momento. Ahora volvemos a Ezequiel. Estamos ante un Profeta-Sacerdote que en el año 597 a.J.C., en la primera deportación a Babilonia (hubo tres) fue con su familia al destierro.

Dos etapas se distinguen en Ezequiel: antes y después de la noticia de la destrucción de Jerusalén por los asirios, el año 586 a.J.C. Es probable que Ezequiel ejerciera su misión profética también en Jerusalén.

Probablemente lo hizo antes de la destrucción de ésta. Y luego, desde el 593 al 571 a.J.C. Personaje original, Ezequiel, hijo de un sacerdote, realiza su labor también como tal.

Estuvo adornado de algunas características externas y psicológicas que producen inquietud en el lector: períodos de mutismo, éxtasis, gesticulación..., palabras extrañas...

La estructura del Libro de Ezequiel se divide en tres secciones:

-Ez 1-24: oráculos de condena de Judá y Jerusalén.

-Ez 25-32: oráculos contra las naciones.

-Ez 33-48: oráculos de esperanza y de salvación para el nuevo Israel. Aquí se encuentra nuestro texto de hoy.

Ezequiel tiene un estilo muy personal, con abundancia de imágenes: el profeta es 'atalaya', 'vigía'; Jerusalén es una 'olla' (cf. Ez 11, 3). La historia de una niña abandonada expresa la del pueblo, p.ej. (cf. Ez 16).

b. Texto

Dentro de los oráculos de esperanza y consolación, el cap.37 se halla dividido en dos partes:

- vs.1-14: visión de los huesos que reviven (pasaje de hoy);
- vs.15-25: las dos varas reunidas, símbolo de la unión de los dos Reinos, el del Norte (Israel) y el del Sur (Judá).

En Ez 36 se dan promesas de liberación que ahora, en Ez 37, el pueblo no parece asimilar. Pero de nuevo el Profeta logra reanimar a los israelitas: *Os voy a infundir espíritu para que viváis* (cf. Ez 37, 5).

De entrada, se trata de una llamada a superar las diferencias regionales, en vistas a la unidad de todos. Con la visión de los huesos (cf. Ez 37, 12-14), el autor presenta fuerza para luchar contra el desánimo.

La tensión entre los huesos secos, sin vida, y el aliento del Señor (su espíritu) llama a la superación de la muerte por la vida, en libertad recuperada, con la que el pueblo vuelve a la Patria, Israel.

La expresiva metáfora de los huesos sin carne alude a la postración en que se hallan los desterrados, tal vez recordando el autor los cadáveres que veía en el desierto de Jericó, camino del destierro.

El Señor le dice que *esos huesos son el pueblo de Israel* (cf. Ez 37, 11), mientras aprende el Profeta a recorrer el camino de diálogo y encuentro con Dios, que le llevará a él y a todos de la muerte a la vida.

Además, el autor de esa impresionante transformación es el solo Dios, con su Palabra de dos tiempos: teofanía, y posterior silencio; con esto los judíos se sienten animados por el espíritu del Señor (cf. Ez 37, 12-14).

c. Para la vida

Este pasaje, tan conocido, que inspira otros textos del N.T. (cf., p.ej., Jn 5, 8; Mt 27, 51, o Ap 11, 11), da pie a hablar de la fe cristiana en la resurrección de los hombres, de todo el hombre, incluido el cuerpo.

La creencia griega en la pervivencia de las almas abre la puerta a entender la vida después de la muerte, en la inmortalidad del alma. Pero, amigos, amigos, la fe cristiana nos habla de una nueva vida humana en Cristo.

Nos habla de la participación en la Resurrección del Señor por la que somos hechos todos hombres y mujeres nuevos en Él, no sólo de la inmortalidad del alma...

Una cosa está clara: Dios es un Dios de vivos, de la vida: eso se percibe en la experiencia religiosa de todos cuantos intervienen en la Biblia diciendo su fe, desde el Génesis al Apocalipsis.

La vida de Dios aparece de modo especial a partir de momentos más difíciles, como le pasa a Israel en el destierro. El que da la vida, es capaz de regenerarla desde las más difíciles condiciones que se puedan imaginar.

Es vida en las ideas: regeneración mental, que falta hace ¿no? Y es vida en los corazones de aquellos que se levantan de un pasotismo endémico, o de una ramplonería instalada en la comodidad calentita.

Porque sucede con demasiada frecuencia que el confort de que nos hemos rodeado también en la Iglesia, y en las comunidades cristianas, nos asemeja a unos bonitos, 'estéticos' cadáveres ambulantes.

Vamos por las calles bailando al ritmo de las modas, vistiendo al uso y pagando la factura al progresismo capitalista, mezcla de egolatría narcisista y de un discurso 'extremista' que produce náuseas.

¡Eso es así, no son palabras, sino realidad! Como no nos dejemos inundar por el Espíritu de Dios, que es avasallador, que es la fuerza de Dios, seguiremos en el valle de la muerte, nadie nos escuchará.

Y nadie nos echará cuenta. ¿No será eso de la poca credibilidad de que gozamos hoy como Iglesia la consecuencia de que andamos tirados 'como muertos', defendiéndonos, en vez de apostando por la vida?

¿No será que estamos haciendo apología, en vez de ir a la vanguardia de todo lo que es puro, noble, agradable..., digno de alabanza (cf. Filp 4, 8)? Pues eso, amigo, que es hora de despertarse... Que es hora de irse con los hombres a la tierra de la vida, de ser testigos de Dios, del Dios que da vida. no se puede matar las ilusiones de quienes apuestan por la vida, aunque sea sin demasiada experiencia.

¿No sería mejor el alentarlos, el aportarles racionalidad, buen juicio y experiencia, en vez de matar el fuego, el aliento de Dios? Yo creo que sí...

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
antonio.rodriguezderojas@salesianos.edu